UN VERDADERO MAGO

Breviario de autor

Roberto Fuentes

AUREA
EDICIONES

© Un Verdadero Mago.
Colección: Breviarios de Autor
Sello: Odonata
Primera edición: Agosto 2021

© Roberto Fuentes

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Luis Naranjo
Edición Literaria y Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser
Fotografía de solapa: Dago Ulloa



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-72-8
El autor mantiene los derechos sobre sus cuentos. Habiendolos cedido de manera formal para esta publicación.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A los contadores de historias de la población
Javiera Carrera.
Ellos no me las contaban a mí, pero las escuchaba igual.

¿Por qué pinos?
Porque tapan las vistas indeseadas.
Comprendo. Deseo que todo mejore para usted.
Para usted también.
Desobediencia, de Katya Adaui.

Prólogo de Marcelo Simonetti

La escritura de cuentos requiere de un talento especial, una suerte de don que va más allá de manejar las reglas que rigen al género breve y que se corresponden con aquello que Julio Cortázar establecía en un texto que se llama Aspectos del cuento. Escribía Cortázar: "Pero si no tenemos una idea viva de lo que es el cuento habremos perdido el tiempo, porque un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia". Un cuento podrá estar bien escrito, tener un final sorpresivo, cumplir con las dos historias que exigía Piglia en su Tesis sobre el cuento, pero si no consigue sintetizar algo de vida en sus páginas habrá fracasado en su intento.

Hace unas semanas, mientras revisaba algunos materiales acerca del haikú —ese poema de la tradición japonesa que tiene apenas tres versos—, encontré una definición que me pareció epifánica. En ella se explicaba que lo que busca el haikú es atrapar la eternidad a partir de la descripción de un instante. Cuando lo leí, recordé la divagación hecha por un amigo pintor quien hizo una apología de la naturaleza muerta que, hasta entonces, me parecía aburridísima. Según él, había en ella un propósito tan noble como hermoso: capturar el paso del tiempo y plasmarlo en la tela jugando con la luz. Esa explicación cambió mi percepción sobre la naturaleza muerta. Desde entonces, la observo con otros ojos, como si efectivamente ese segundo que el pintor dispone sobre la tela perviviera en ella del mismo modo que lo hacía en la realidad.

Escribo esto porque ambas explicaciones —la del haikú y la de la naturaleza muerta— son perfectamente imputables a los buenos cuentos en el sentido de que estos son mucho más que una historia bien escrita y mucho más que un texto capaz de suscitar emociones en el lector. Los buenos cuentos ofrecen en sí mismos una suerte de milagro, la posibilidad de que entre sus líneas florezca algo vivo y palpitante, como si el escritor, a la manera de un Dios, hubiera soplado sobre esas páginas el aliento de vida.

No se trata de un eufemismo ni de una metáfora, efectivamente hay cuentos en los que uno tiene la sensación de que en ellos habita algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia —en palabras de Cortázar—. Sin ir más lejos, de Chéjov se decía que sus cuentos eran la vida misma, una afirmación que también se podría aplicar a los cuentos del propio Cortázar, de Rulfo, de Onetti y, pensando en referentes más actuales, de la argentina Samanta Schweblin, de la mexicana Guadalupe Nettel o de la irlandesa Claire Keegan.

Y no creo exagerar cuando digo que los cuentos de Roberto Fuentes están en esa misma línea. Hay algo vital en ellos, una suerte de palpitación cuyo origen es imposible de esclarecer, la sensación inefable de que en cualquier momento sentiremos la respiración de alguno de sus personajes muy cerca de nuestra oreja o que, como diría Monterroso, cuando despertemos el Coquito Malo o el Menotti o la Javiera —o tal vez los tres juntos— aún estarán ahí.

Las historias que cuenta Fuentes carecen de efectismos y pirotécnica. Sus cuentos no toleran el artificio y por lo mismo nos parecen historias que perfectamente cualquiera pudo haber vivido. La amistad, las relaciones familiares, el despertar sexual son los territorios por los que la narrativa de Fuentes se pasea con soltura. No solo

es un hábil observador de la realidad, no solo tiene buena oreja para los diálogos, además sabe situar a sus personajes en la antesala de situaciones que cambiarán sus destinos, que los convertirán en otros. Su talento reside en proyectar esa transformación en la mente del lector, en insinuarla con sutileza, sin que se materialice de manera explícita en cada una de estas piezas.

Los cuentos que componen este breviario no solo resumen de buena manera el trabajo literario de Roberto Fuentes a lo largo de su vida; también dan lustre a un género que, lejos de estar cerca de su desaparición, hoy por hoy ofrece frutos de insospechada calidad —pienso en autoras como María José Navia, Maivo Suárez y Carolina Brown— que bien vale la pena degustar sin prisa. Por lo mismo, póngase cómodo o cómoda, y déjese llevar a estos mundos, tan humanos como posibles, en los que refulgen sencillas briznas de vida.

Un verdadero mago

Francisco González Torres

Difícil que alguna vez llegue a olvidar ese día, y a mi viejo menos. Es curioso que lo llame *viejo*, cuando dejé de verlo él tenía mi edad de ahora, pero me sale así y no puedo cambiarlo. Tenía ocho años, me acuerdo perfectamente, unos días antes estuve de cumpleaños y recibí una pelota de cuero profesional como regalo. Era un sábado a fines de marzo, incluso me acuerdo de la fecha exacta, pero encuentro irrelevante mencionarla. Había un lindo sol que cumplía con la única función de iluminar. Estaba helado. Como era habitual, después del desayuno salimos al pasaje a jugar. Mamá insistió en que me pusiera un chaleco y para evitar problemas me lo puse. En realidad, lo hice para no postergar más la salida. Apenas crucé la puerta lo colgué en la reja de la ventana. Mi viejo decía que jugáramos con la pelota nueva y yo no quise. Llevé una de plástico. Estaba tan linda la pelota nueva que me dio lata gastar el cuero. Además, en el pasaje se podía pinchar. Preferí guardarla para cuando lo acompañara a la cancha los domingos; mi viejo era el arquero titular indiscutido. Se ubicó entre los nogales que hacían de verticales y debajo de unas ramas que se entrelazaban, provocando el efecto de un travesaño. *Dale, campeón*, me decía siempre antes de empezar el juego. Yo tomaba vuelo y le pegaba con todas mis ganas al balón. Solamente el primer chute, así le decía en ese entonces, lo daba con fuerza (era parte de nuestro ritual de iniciación del juego), ya que si le pegas fuerte a una de esas pelotas salta para cualquier parte. ¿Todavía venden pelotas de plástico? Espero que sí. Los demás tiros los pateaba con técnica, tratando de colocar el balón en una esquina alejada del arquero. Mi viejo las atajaba casi todas y cuando por azar o por un gran acierto mío convertía un gol, me tiraba de rodillas contra el piso, elevaba los brazos al cielo y

lanzaba un grito. Mamá se asomaba por la ventana y me retaba por no cuidar la ropa. Mi viejo fingía lamentarlo y pateaba uno de los árboles, pero creo que le divertía mi alharaca. En el colegio yo estaba en la selección y todos los viernes me quedaba después de clase para el entrenamiento de la semana. Mi viejo siempre me iba a buscar. Por esos días empezó a llegar como cansado, se notaba en su cara. Algo raro pasaba, por las noches mis viejos se quedaban conversando hasta tarde y a veces mamá se ponía a llorar. Nada va a pasar, amor, nada, la consolaba mi viejo acariciándole la cabeza. Yo los veía a través de la puerta entreabierta de mi pieza. Aquel sábado, luego del tercer gol, noté que mi papá no realizó el típico acto de lamentación y se quedó mirando a la entrada del pasaje; nosotros estábamos al fondo y no había otra salida. Un auto azul se había estacionado, era grande, o a lo mejor no tanto, como yo era chico y no tenía la costumbre de ver ese tipo de automóviles debo haberlo amplificado en mi mente. Dos tipos se bajaron, uno de chaqueta gris y pantalón negro, el otro entero de azul. No recuerdo bien sus caras, pero eran un poco mayores que mi viejo, estoy seguro. Se acercaron lentamente hacia nosotros. Mi viejo me tomó de la cabeza y se agachó hasta quedar a mi altura. No te preocupes, andan buscando a un arquero, vuelvo altiro, dijo. Me dio un beso en la boca, eso lo recuerdo perfectamente porque nunca lo había hecho. Antes de levantarse y caminar hacia los hombres de chaqueta, dijo que me quería mucho y a mamá también, no entendí muy bien por qué. Mi viejo conversó brevemente con ellos y caminaron hacia el auto. Sentí una pena terrible, me acuerdo, y no sabía por qué. Antes de subir al auto me hizo un gesto de despedida con la mano. Recién ahí noté que muchos vecinos se habían asomado a las puertas y ventanas y que todos me miraban. Ahí me quedé hasta que mamá salió corriendo de la casa. Yo corrí detrás de ella.

Patricia Torres Morales

Panchito siempre fue un niño muy aplicado en el colegio, se sacaba las mejores notas y era el mejor para jugar a la pelota. Bueno, después de lo de su papá bajó un poco su rendimiento, pero eso es normal, ¿cierto?, y no jugó más a la pelota. Del colegio me vinieron a ver para que convenciera a mi hijo de que siguiera entrenando, pero yo estaba en otra y no los pesqué. Creo que fue para mejor. Se hubiese embrutecido, ¿o acaso no han visto a los pelotudos de ahora? Bueno, ese es otro tema. Panchito nunca fue un niño muy sociable, tenía pocos amigos, pero tenía. Después de lo de su papá se puso mucho más introvertido, como me dijo el doctor del consultorio una vez. No dejó de ir a la escuela, pero ya no salía a la calle. Yo quería acompañarlo y ayudarlo de la mejor forma, pero también estaba preocupada por lo de mi esposo. Junto a mi comadre visité muchos lugares y personas en busca de ayuda o alguna información sobre su paradero. No conseguí nada. Pasado un año dejé todo a la suerte de Dios y decidí dedicarme a mi hijo. No asistí a más reuniones ni visité lugar alguno. Busqué un trabajo y por las tardes mi comadre cuidaba al niño. Panchito empezó a mejorar sus notas y cuando salió del liceo hasta le entregaron una medallita por ser el mejor alumno. La medalla la tengo yo, ya que él ni la miró. Fue en esa época cuando empecé a sentirlo más lejano. Él estaba entrando a la universidad y yo conocí al Nano. Me lo presentó mi misma comadre, era un primo de ella que había llegado del sur. No lo traje a la casa al principio, pero ganas tenía. Me sentía como una lola de quince, igual que cuando conocí a Francisco. Panchito jamás aceptó al Nano, nunca dijo nada, pero era obvio. Logró estudiar gracias a una beca que se sacó. Es tan inteligente. De la universidad siempre llegaba tarde y los fines de semana se desaparecía. A veces le preguntaba por sus notas y él me decía que todo andaba bien, nada más. Tuvo que ser así, porque luego de unos años, no sé

si cinco o seis, se tituló. Sé que anduvo metido en eso de las protestas y cosas así. Yo le dije que se preocupara de estudiar y no anduviera en cosas raras, que nada se sacaba, pero él me miraba y no contestaba, tomaba uno de sus libros y se encerraba en la pieza. Apenas salió de la universidad encontró trabajo en un banco muy grande. Me alegré mucho por él, a pesar de que se fue de la casa apenas cumplió un mes en su pega. Primero arrendó un departamento con unos amigos y ahora con los años vive por allá en Las Condes, en otro departamento, pero mucho más lindo y grande. Y vive solo. He ido poco para su casa, no le gustan las visitas, y cuando lo hago me doy cuenta de lo mucho que le hace falta una mano femenina a ese lugar. Yo se lo digo y él se ríe. *Tranquila, mamá, tranquila*, me dice y yo me tranquilizo, al menos eso aparento. Me estoy volviendo muy vieja para ser abuela, pero bueno, es su vida. El Nano me dice que no me preocupe, que en cualquier momento salta la liebre, pero yo ya no sé en qué creer, menos cuando se trata de mi hijo, mi niño. Me tiene tan preocupada. Hace dos días que apareció en varias partes una lista con personas que tiraron al mar y jamás me imaginé que Francisco saliera ahí. Él no era más que un dirigente sindical de una fábrica pequeña, pero ahí estaba. Pensé que había un error, pero no, vino gente a la casa y me lo confirmaron. He llorado harto. No sé si por mi marido, por mi hijo, o por ambos. Panchito anda desaparecido. Apenas supe la noticia lo traté de ubicar en el trabajo y me dijeron que se había tomado unos días. En la casa tampoco está, lo paso llamando. Valeria, la polola de mi hijo, que es muy dije, llamó ayer y me dio un mensaje de él: que no me preocupara, que pronto lo vería. Colgó rápido. No lo hizo por pesada, yo la conozco, seguro que el Panchito le tuvo que decir que me dijera eso no más. Me quedé con muchas preguntas atragantadas, pero lo bueno de todo es que está bien.

Valeria Inostroza Matus

A Pancho lo conocí hace tres años, cuando entré al banco. Me lo presentaron de los primeros, con él tenía que empezar a trabajar inmediatamente en un nuevo proyecto de inversión. Al principio me pareció demasiado frío conmigo, pero bastó poco tiempo para darme cuenta de que era así con todos. Trabajamos codo a codo durante tres meses y en ese tiempo, a pesar de que pasábamos más de doce horas al día juntos, era para mí un perfecto desconocido. Al entregar nuestro trabajo y luego de la aprobación del directorio a nuestro proyecto, por fin lo vi sonreír. A veces pensaba que la piel de su cara jamás se había arrugado, ni chupando un limón me lo imaginaba haciendo una mueca. Me invitó a un trago a la salida, pero no era una cita amorosa ni mucho menos. Hay que conocer a Pancho para saber eso. Podría haber sido yo o cualquier otro que hubiese trabajado junto a él. Conversamos, primero sobre el proyecto en cuestión, sus implicancias, y solo cuando la noche había avanzado bastante charlamos un poco de nuestras vidas; de la mía más que nada, él siempre ha sido muy reservado. Tomamos un taxi y me acompañó a la casa, me dejó en la puerta, pero no estuvo ni cerca de besarme, o de intentarlo por lo menos. Yo en el fondo deseaba que lo hiciera, pero no porque estuviese enamorada, no, eso pasó de a poco y tardé más de un año antes de sentirme así, o de aceptarlo, que es lo mismo. El asunto es que había pasado una noche agradable junto a un hombre buenmozo y terminar la velada con un beso no me parecía tan mal. Después de ese proyecto lo vi cada vez menos, me asignaron nuevas tareas en otro departamento y solo lo divisaba en los pasillos. Siempre me sonreía y más de alguna vez nos detuvimos un rato a conversar, de cosas simples en todo caso, nada muy íntimo. Ese alejamiento nos sirvió mucho: empecé, y creo que el sentía lo mismo, a extrañar su presencia. A veces inconscientemente paseaba por donde

él pudiera estar, pero cuando me sorprendía haciéndolo sentía vergüenza y me encerraba en mi oficina a trabajar. Fue en el paseo de fin de año de la empresa donde nos besamos por primera vez; fue un beso apurado y tontamente nos preocupamos de que nadie nos viera. Después yo me tomé las vacaciones y a mi vuelta él tomó las suyas. Un mes y medio sin vernos ni conversar. Desaparecimos. El día que volvió a trabajar hice grandes esfuerzos por no llamarlo, me costó de veras. La hora de salida llegó y me quedé mirando el auricular. El teléfono sonó y era él. Pasamos toda esa noche en su departamento, aunque conversamos poco; después nos levantamos y fuimos al trabajo. Esa tarde almorzamos juntos y conversamos mucho, pero siempre era yo quien más hablaba. Nunca lo empujé a que me contara más sobre él. Cuando empecé a conocerlo me di cuenta de que su mundo interior era demasiado grande, así que me conformé con lo que sabía. El domingo yo estaba junto a mis padres viendo la tele y oí el nombre de Pancho, aunque al rato comprendí que era su papá. Lo llamé inmediatamente, pero tenía su teléfono descolgado. Tuve la intención de ir a verlo, pero no lo hice y creo que fue lo mejor. Al día siguiente tenía que darle una noticia importante, pero con el asunto de su padre decidí quedarme callada. Pasó muy temprano por mi oficina y traía el diario en la mano. Se veía un poco excitado. Nunca me conversó de su papá, pero yo sabía lo que significaba para él. Nos tomamos un café, dijo que se pediría unos días de permiso. *No me busques, por favor, necesito estar solo*, agregó y bajó la mirada. Sentí ganas de abrazarlo. Antes de irse, previo beso, el primero que me daba en el trabajo, me pidió que llamara a su mamá. Le dije que no se preocupara. Él se retiró y no pude aguantar más. Lo seguí por el pasillo, no me importaron las miradas ajenas y corrí hasta alcanzarlo. Debía saberlo, era justo para ambos, y se lo conté.

Juan Silva Soto

Llevo más de cuarenta años trabajando en la mar y he pasado por todo, pero nunca nada parecido a lo que viví esa noche. Estaba revisando mi pequeña lancha pesquera, en realidad es de mi patrón, pero son tantos los años trabajando con ella, más de diez, que la siento como mía. Tenía todo listo para el otro día y en eso oí que alguien me llamaba. Era un hombre de unos treinta años más o menos y vestía un terno oscuro. Parecía un gerente, de hecho, así me dirigí a él. *¿En qué puedo ayudarlo, señor gerente?*, le dije y me reí. Él no lo hizo y rápidamente me puse serio. Chucha que es tieso, pensé. Se acercó y me dijo que quería conversar conmigo. Le contesté que hablara no más, que hablar no cuesta nada. Me explicó que quería arrendarme la lancha por unas horas, pero que necesitaba una persona que la manejara porque él no sabía. O era tonto o era ignorante. Nadie por aquí le arrendaría una lancha sin piloto. Por un momento pensé que estaba bromeando. Miré para todos lados buscando algún conocido, como el negro López, por ejemplo, que es mandado a hacer para las tallas, y no encontré a nadie. *Es imposible*, le contesté sin sonreír para darle un corte final al asunto, que a esa altura me estaba molestando. *Por favor, es importante*, me dijo, pero no me rogó ni nada por el estilo. *Jefe, qué más querría yo que ayudarlo, pero no puedo*, le dije y el sacó del bolsillo interior de la chaqueta varios billetes. No tuve más remedio que recibir ese dinero, harta falta que me hacía y me hace, y lo invité a subir a mi humilde embarcación. Él sonrió por primera vez y subió. Un loco que quiere dar un paseo, lo que hace la plata, pensé. *Para dónde, jefe*, le pregunté y él apuntó hacia el sol que se estaba hundiendo en el océano. Y para allá partí. Fueron veinte minutos en que navegamos derechito. El sol desapareció y una que otra estrella se veía allá arriba. *Aquí no más*, dijo. Paré el motor y me senté esperando cualquier cosa, pero no pasaba nada. Se quedó de pie en la proa mirando

hacia la nada. La noche cayó como un rayo y afortunadamente la mar estaba tranquila. Me puse un chaleco grueso, empezó a hacer frío y volví a sentarme mirando a mi tripulante. Conté el dinero que me había pasado y no era tanto como yo pensaba, pero igual era harta plata. No me estoy quejando. Noté que encendió un cigarro y luego sacó algo; era un par de velas, lo supe después que las prendió y las instaló en el piso. Ni siquiera me pregunta, me dije, pero en realidad daba lo mismo. Ni cagando se quemaba la lancha. Se quedó parado un buen rato y me pareció que estaba rezando. Ahí noté que la cuestión era seria, porque uno puede andar loqueando por ahí y hacer lo que quiera, pero si te pones a rezar no es lo mismo. Se veía triste, pero en ningún momento lo oí llorar. Se mantenía de pie junto al par de velas, desafiando el vaivén, que aguantó muy bien para no ser hombre de mar, y el frío. Le ofrecí un charlón para que se tapara la espalda. Me dijo que no. En realidad, no habló, fue un gesto con la mano. Me senté, me tapé con el charlón despreciado y creo que hasta dormité un poco. Cuando volví en mí —porque cuando yo me duermo quedo como desmayado, ni un barco pasando a mi lado me despierta—, miré el reloj y ya había pasado el par de horas del arriendo. Le iba a decir que el tiempo se había acabado, que teníamos que volver y en eso él saca una carta del bolsillo de la chaqueta. Este señor parecía un mago: primero sacó un montón de billetes, luego un par de velas y ahora una carta, y todas las cosas del mismo bolsillo, creo. El caso es que no me atreví a molestarlo y lo dejé tranquilo. Noté que el primer par de velas ya se había consumido y que había prendido otras dos. Un verdadero mago, volví a pensar. Hizo tiras el sobre, ¿para qué lo tenía cerrado?, no sé. Empezó a leer y no pude evitar escucharlo, estaba ahí mismo. ¿Qué podía hacer? Le hablaba al papá y le contaba cosas de su vida, de cuando era niño y del colegio, de la universidad y del trabajo, por ahí apareció su

mamá y una niña de nombre Valesca, o algo parecido. Hablaba en voz alta, como si alguien aparte de nosotros lo pudiera escuchar. No sé por qué me conmoví. Siempre he sido un lobo marino, he sufrido mucho en la vida, por lo mismo me he convertido en un hombre fuerte, de fierro, pero esa noche no sé si fueron sus palabras o cómo las decía, no sé, pero me llegó aquí adentro, en pleno pecho. Finalmente arrojó la carta a las aguas y se quedó quieto. Yo no podía permanecer ahí, mirándolo sin hacer nada. Saqué una petaca y la abrí, me acerqué al hombre y le ofrecí un trago. Noté que le brillaban los ojos, aunque no puedo asegurar que estuviera llorando. Y si fuera así, no importaba, se veía que era todo un hombre. Me devolvió la petaca y yo me tomé un gran sorbo. Estaba helada la noche. Fue curioso, me abrazó por los hombros y se empezó a reír, despacito eso sí. Yo también lo hice y me sentí bien. Hizo un gesto de acordarse de algo y me soltó, se acercó un poco más a la orilla, por un momento pensé que se podía caer por eso del vaivén y todo, pero ni se tambaleó. Tomó aire, harto aire y gritó, pero ni tan fuerte: *viejo, vas a ser abuelo*. Eso fue lo que dijo: vas a ser abuelo. Le dimos el bajo a lo poco que quedaba en la petaca y nos devolvimos a tierra firme.

Siete viudos

—Yo no quiero morir nunca —dijo el Juanito.

—Nadie quiere morir —dije.

—¿Y los *sucidas*? —preguntó de corrido el Coquito Malo.

—Sui-ci-das —corregí.

—Me dio frío —dijo el Álvaro.

—Cállense —dijo el Nino—. El cura ya llegó.

Alicia se llamaba nuestro amor. Alicia. Bordeábamos los doce años y nuestras hormonas se sobresaltaban cada vez que la veíamos caminar con su vestido largo y ancho que se subía hasta la altura de las caderas cuando la agarraba por sorpresa aquella brisa bendita que se producía en la calla Santa Teresita. Oh, esas largas piernas. Sus muslos daban ganas de morderlos, palparlos, lengüetearlos. Corríamos al baño cada vez que la veíamos. Ella fue quien nos desfloró, aunque nunca le tocamos siquiera una mano. Tenía la piel blanca como leche natural con treinta y seis por ciento de materia grasa, y no peco de detallista. Esas leches descremadas y semidescremadas son muy paliduchas. Ella era blanca de verdad, adornada con unas pecas coquetas distribuidas uniformemente por todo su cuerpo (por la parte que veíamos, al menos). Sus senos eran geniales, ni muy grandes ni muy pequeños, poseían una redondez perfecta y sus pezones apuntaban hacia el mundo exterior, especialmente en los días de frío; no existía blusa o vestido que lo pudiera disimular, incluso con un chaleco lo podíamos notar. Su sonrisa era sin igual, aún más blanca que la piel y sin ningún diente de más o de menos. Pero no era lo único que le brillaba, también lo hacían los ojos y el pelo rubio. Era como una luciérnaga en la oscuridad de la noche, igual que una santa iluminada desde el cielo, como si se hubiese tragado mil ampolletas de cien vatios. Nunca le oímos una

mala palabra, es más, son pocas las cosas que alguna vez logramos oírle, pero recuerdo su dulce voz atravesando el aire y depositándose en nuestros oídos abiertos a más no poder. No se juntaba con nadie en la población y todas las viejas ardían de envidia y celos al verla paseando de la mano con su hija, igual de hermosa. Esas copuchentas de mierda inventaban miles de historias en torno a ella. Nosotros jamás dimos crédito a esas palabras dañinas. Jamás creímos eso de que se había hecho un aborto cuando adolescente, tampoco que era atea y practicaba rituales satánicos; menos aún que en las madrugadas, cuando todos dormíamos, salía en bata a pasearse por las calles, sonámbula. No, señor, nunca creíamos tales injurias. Pero debo confesar que una noche nos turnamos vigilando su casa y esperando ver su cuerpo tapado solamente con una bata transparente. Amaneció, y nada.

Alicia estaba casa con Alberto. Él tenía treinta años y a base de mucho esfuerzo pudo estudiar en la universidad. Era profesor de básica y enseñaba en un colegio particular por allá arriba, en Las Condes. Siempre se paseaba con un libro en la mano, además usaba unos lentes con marco delgado; ambas cosas le daban un aspecto de intelectual. Su figura delgada y su pequeño y bien cuidado bigote contrastaban con los panzones y poco higiénicos viejos que deambulaban por el barrio. Qué suerte tenía Alberto. Qué habríamos dado por ocupar su lugar tan solo una noche.

—El cajón se ve chico —dijo el Perrito.

—Lo que pasa es que la iglesia es muy grande —dijo el Willi.

—*El templo*, se dice —corregí.

—Yo también lo encuentro chico —dijo el Álvaro.

—A lo mejor ella se encogió —reflexionó el Perrito.

—No hablen huevadas —ordenó el Nino.

—El pastor nos está mirando —avisé.

—¡La señora Alicia está enferma, muy grave! —gritó el Nino.

La noticia nos cayó como patá en la guata. Estábamos sentados en la vereda, con nuestras espaldas apoyadas en la pared. El calor era insoportable y el pasaje de tierra llamado Cayul, punto de encuentro obligado, se veía más árido que nunca. Nuestros cuerpos latigudos y nuestra mente adormecida no pudieron entender y reaccionar a la primera.

—¡Sacos de huevas! ¿No me escucharon? —exclamó exaltado el Nino.

El Coquito Malo trató de decir algo, pero su tartamudez se lo impidió. El Willi seguía durmiendo. El Álvaro se rascó la cabeza, preocupado. El Juanito, de un salto, se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro como león de zoológico. El Perrito quedó perplejo, sin mover un músculo de la cara. Y yo, que simulé tranquilidad en ese instante, recordé que no la había visto hacía tiempo. Hice un esfuerzo y la vi: camina por la vereda, sola, mis pupilas se dilatan ante su imagen, pero hay algo raro, se ve más delgada. Volví y el silencio seguía. Fui el único que contestó:

—¿Seguro? —Respiré—. ¿Quién te contó?

—Mi mamá —dijo el Nino.

Todos sabíamos que su mamá, la Múa, no podía hablar, pero con gestos y exclamaciones varias se comunicaba perfectamente.

Cada uno de nosotros se fue corriendo a su casa con la misión recopilar toda la información posible. Nos juntaríamos una hora más tarde.

"Lleva dos semanas en cama". "Un doctor entró a su casa el otro día". "Don Alberto pidió vacaciones para estar con ella". "La señora Marta la cuida de día y de noche". "Ha perdido mucho peso". "Y pelo también". "Tiene algo a la guata". "Come a través de una manguerita". "A veces en la noche se escuchan los quejidos". "El cura

Ignacio la fue a ver hace dos días". "El pastor evangélico también".

El cúmulo de información era muy grande, todos se atropellaban al hablar, menos el Willi, que se quedó callado a un lado, esperando a que todos terminaran.

—Tiene cáncer, va a morir pronto —sentenció nuestro pequeño amigo.

Nos quedamos callados por largo rato. Éramos varios los que con un nudo en la garganta hacíamos esfuerzos para no llorar. El Coquito Malo no aguantó más y estalló en lágrimas. En cualquier otra ocasión habríamos aprovechado la oportunidad para reírnos de él, para tratarlo de maricón y terminar seguramente tirándole churros, besos y piropos. Pero aquella vez lo entendimos. El Willi siguió al Coquito, luego el Álvaro y en menos de un minuto todos llorábamos a moco tendido.

Pasaron un par de semanas en que no volvimos a hablar del asunto. Para olvidar la pena, nada mejor que el fútbol. La única pelota de cuero que teníamos rodaba tempranito en la mañana por el pasaje, y al mediodía también, y después de almuerzo, y después de la once, llegando a nuestra clásica pichanga nocturna. Nuestra terapia funcionaba a la perfección: cada vez que pateábamos la pelota sentíamos que Alicia se recuperaba un poco. Pero el Coquito Malo agarró de volea el balón luego de un centro lanzado quirúrgicamente por el Juanito, y la pelota entró sin oposición alguna por la ventana del segundo piso de la vieja Chepa. Después nos enteramos de que la vieja recién se había sentado para tomarse un tecito. También supimos que recibió el golpe en la cara y que al caer arrastró el mantel. La sonajera sí la oímos, por eso arrancamos como si nos persiguiera el diablo. La vieja Chepa les contó a todos que demoró media hora en recuperarse del pelotazo y otra media hora en encontrar sus lentes. Se dio el trabajo de ir de casa en casa para acusarnos a nuestros padres. Estuvimos el resto del día

castigados, menos el Willi, ya que sus papás no estaban cuando pasó la vieja sapa. El Willi vagó un buen rato por el pasaje. Se puso a tirar piedras contra un tarro. Luego se aburrió y se entró temprano. Antes de girar e iniciar el postergado regreso al hogar, recogió la pelota que había caído a sus pies. Un tajo de lado a lado adornaba el balón.

Al parecer, era nuestro fútbol lo que la mantenía con vida.

—Lleva treinta y cinco minutos hablando —dijo el Juanito.

—Le pagan para eso —aseguró el Nino.

—¿A los curas les pagan? —preguntó el Willi.

—Yo-yo-yoo creo que sí —dijo el Coquito Malo.

—No es cura, es *pastor* —aclaré.

—¿Habrá un baño por aquí? —preguntó el Álvaro.

A la mañana siguiente, tirados otra vez en la vereda sin saber qué hacer, supimos la noticia. Mirábamos la casa de nuestra amada cuando vimos que Alberto salía corriendo estrepitosamente. Llegó hasta nuestros pies. Nos miró confundido y siguió su loca carrera hacia el fondo del pasaje. Tenía toda la cara mojada, parecía que le habían tirado un balde con agua. Tuvo que parar, ya que el pasaje no tenía salida. Terminó de rodillas, debajo del nogal, con las manos hundidas en la tierra y la cabeza entre los brazos. Nos acercamos lentamente. Entre todos lo levantamos y lo llevamos de regreso a su casa. Una muchedumbre curiosa nos esperaba.

No lloramos, para nosotros ya había muerto hacía un par de semanas.

Pasadas unas horas, nos enteramos de que la velarían esa misma noche en la misteriosa Iglesia Pentecostal, ubicada a diez cuadras largas de nuestro pasaje. Su aspecto tenebroso nos invitaba a conocerla, pero al mismo tiempo nos mantenía a distancia. Algunas veces habíamos tratado de acercarnos, pero unos ruidos agudos, como

quejidos de muerto, nos paraban en seco. ¿Qué hacer? ¿Ir o no ir al velorio? Ahí empezó el debate.

"Tenemos que acompañarla hasta el último". "Queda muy lejos". "Siempre nos trató bien". "Para mí ya está en el cielo". "No quiero verla así, fea". "Es cierto, mejor recordarla linda". "Es muy rara esa iglesia". "¿Y tú, no te has mirado la cara?". "Ustedes no la querían de verdad, yo sí". "No se trata de eso". "¡Tenemos que ir!". "No grites". "Todos los huevones a bañarse y cambiarse ropa, que tenemos un compromiso esta noche". "Chucha, el huevón se cree jefe". "Nos vemos". "Chao". "Yo no tengo calefón". "Oye, si nadie tiene". "No se vaya a resfriar la niñita". "Ah, y pónganse ropa limpia".

A las nueve en punto estábamos todos peinaditos y pintosos. El único que no se había bañado era el Coquito Malo; apenas se había mojado la cara y el pelo, pero no le dimos importancia. La mayoría de la gente ya había partido al evento. Uno que otro católico fanático se negó a ir para no tener que comulgar con los protestantes; entre ellos, la mamá del Willi. A nosotros, en cambio, nos importaba repoco la religión.

Fuimos caminando tranquilitos. No pateamos a ningún gato ni piropeamos a ninguna niña, tampoco tocamos timbres para luego salir corriendo, y en ningún momento tuvo nadie la idea de mear en la calle. Éramos siete viudos caminando hacia el cuerpo inerte de nuestra amada. La gente no lo podía creer al vernos pasar tan compuestitos. Algunos se reían tapándose la boca. Pero nos daba lo mismo, y nos mantuvimos serios, como verdaderos hombres hasta llegar a la iglesia.

—El Coquito no se bañó —dijo el Perrito.

—¿Por qué dicen amén a cada rato? —pregunto el Juanito.

—Mu-mu-muere de viejo y no-no-no de sapo —dijo el Coquito Malo.

—Así son los canutos —aclaró el Willi.

—Ni cagando me acerco al cajón —dije yo.

—Yo tampoco —dijo el Juanito.

—Quiero ir al baño —dijo el Álvaro.

La iglesia era enorme, daban ganas de pegar un grito para escuchar el eco, pero nos contuvimos. Todavía me asombra la madurez con que nos comportamos ese día. El salón estaba repleto de gente que en su gran mayoría no conocíamos. Pensamos que eran familiares de la muerta y amigos del trabajo de Alberto. Por ahí divisamos a una mamá paseándose, pero al rato se nos perdió de vista. Nos acomodamos en la pared del fondo y quedamos frente al cajón, pero bien lejos. A Alberto no lo veíamos. Ya va a llegar, pensamos. El pastor entró, se colocó cerca del féretro y sin aviso previo comenzó el show. Habló de la palabra de Dios y de cada una de sus letras, de sus enseñanzas, de la nueva vida que nos espera después de la muerte, de lo devota que había sido esta "gran mujer", de esto y de lo otro. Finalmente, lo repitió todo de nuevo. Lo anterior, literalmente amenizado con unos sentidos "amén" espaciados en el tiempo. Una hora habló el huevón, una hora completa. Le habrían bastado cinco minutos, pero no, él tenía que hablar una hora. Cronometrada por el único que tenía reloj: el Juanito.

Nunca supe cómo logramos soportar esos sesenta minutos eternos. El Álvaro estaba que se meaba, pero no lo dejamos arrugar. Al finalizar el discurso del siglo, las personas presentes se acercaron al ataúd. Ninguno de nosotros se atrevía a hacerlo. El Álvaro corrió en busca de un baño. El Nino respiró profundo, caminó rumbo al cajón, se empinó y miró por la ventanita. Abrió los ojos exageradamente y corrió hacia nosotros.

—No lo van a creer —dijo entrecortado nuestro valiente amigo.

Todos fuimos a ver a la muerta y todos volvimos con la misma expresión del Nino. El Álvaro regresó y para no ser menos también fue a verla.

"Está súper vieja". "Súper arrugada". "La cagó el cáncer". "En la tele he visto casos peores". "Pero tenía el pelo blanco". "El poco pelo que tenía". "Si me da cáncer, me mato altiro". "Yo también". "La quineo-no-sé-cuantito también te hace mierda". "¿La qué?". "Esa huevada". "No debimos mirarla". "Cómo cambia la gente". "Mejor vámonos".

Estábamos por irnos, cuando notamos que el Willi había desaparecido. Oímos un leve silbido que provenía del portal que comunicaba el salón grande con uno más pequeño, y ahí estaba el perla. Caminamos despacio, todavía impactados por la imagen de la muerta, y al llegar miramos hacia el otro lado. Grande fue nuestra sorpresa al ver a todos nuestros vecinos, incluidos nuestros padres y el viudo, rodeando un ataúd negro.

—¡Cresta, nos equivocamos de muerto! —dijo alguien.

Nos bajó un ataque de risa y tuvimos que correr hacia afuera de la iglesia. Una vez más tranquilos, decidimos no ir al velorio, no ir al entierro y quedarnos con esa imagen angelical que teníamos de ella: el recuerdo de verla caminando con su vestido largo y ancho que se sube hasta la altura de las caderas cuando la agarra por sorpresa aquella brisa bendita que se produce en la calle Santa Teresita.

Oh, esas largas piernas…

Piel roja

—Tú no sabes de gestos de amor —me dijo Aldo con cara de no sé qué (nunca he podido descifrar bien sus emociones), a la salida del instituto y ante la mirada curiosa de un grupo de estudiantes que por suerte no eran compañeros míos.

—Puede ser, pero los conozco —contesté.

Aldo se confundió mucho con mis palabras. Vi que trataba de elaborar una respuesta durante un par de segundos antes de aceptar la derrota (así lo ve él, no yo). Se alejó echando puteadas al aire. Fue bueno que no me preguntara por los gestos conocidos ni nada por el estilo. No tenía ganas de seguir hablando y su huida me alivió. Solo se fue y desde ese día terminó todo. *Todo* es mucho decir, *lo poco que teníamos* sería más apropiado. Era demasiado pegote y a veces me sentía asfixiada, pero si desaparecía mucho tiempo, lo extrañaba. Ni yo misma me entiendo.

Pensándolo bien, los gestos de amor que conozco se reducen a uno. Estoy hablando de verdaderos gestos de amor, no de un ramo de flores, una caja de chocolates o una buena noche de cama. Y el protagonista de esa acción es mi hermano.

Fue hace siete años, en ese entonces yo tenía trece y mi desarrollo físico iba mucho más adelantado que mi madurez mental. Mi corto *jumper* era objeto de miradas masculinas, y eso en vez de provocarme orgullo, me incomodaba. Hacía calor ese día y apenas salimos del colegio se me acercó la Sofía y me dijo que el Javier, el niño más lindo del curso, me mandaba saludos. Me sentí tan contenta que la invité a tomar un helado. No llevábamos más de dos semanas en clases y era el primer día en que mis papás me permitían regresar sola a casa. Adiós, maldito bus escolar. Luego de disfrutar unos barquillos con dos sabores y bañados en crema, me encaminé ha-

Índice

Prólogo de Marcelo Simonetti	7
Un verdadero mago	11
Siete viudos	20
Piel roja	28
El otro Merino	38
Pecho cóncavo	47
La placa dental tirada en el piso	54
Daría la mitad de mi vida por saber cómo es mi papá en la cama	62
La número diez	70
Las sábanas más blancas	75
El pato en la laguna	78
No te acerques al Menotti	93
Un huevón más	111
Alienígenas orientales	125
De blue jeans y pelo largo	135
Dos vacas furiosas	147
¿Y Lenin?	153